

PRODUCCION, PRODUCTIVIDAD Y PAISAJE EN EL CAMPO VENEZOLANO

Isbelia Sequera de Segnini

Sin detenernos a analizar razones esenciales de los bajos niveles de productividad que, en general, caracterizan a la agricultura venezolana y que son consecuencia directa del cumplimiento de esta actividad en un país subdesarrollado, existen otros aspectos que, una vez hecho el anterior señalamiento, se pueden tratar con seriedad y objetividad. Aspectos que conducen a la realidad tangible en el país de la existencia de una relación desarmónica y desequilibrada entre la producción y la productividad en el sector agrícola.

En efecto, en la actualidad, uno de los grandes problemas de la agricultura venezolana está representado por la necesidad de mejorar los niveles de productividad a fin de abastecer el mercado interno y reducir la dependencia de alimentos del exterior, así como participar de forma significativa en los mercados internacionales.

La búsqueda de la máxima productividad conlleva una utilización racional de los recursos, con un aprovechamiento al máximo de las capacidades. Se trata, entre otros asuntos, de una actitud frente al problema de satisfacer las necesidades planteadas por un mayor bienestar dentro del sector y la colectividad en general, inmerso, desde luego, en el reto vital de integrar al agricultor como agente activo en la vida de una nación autónoma y soberana.

Esta concepción de productividad está directamente ligada a la tierra por cuanto se cumple en un espacio dado, lo que permite establecer comparaciones entre áreas; a los grupos humanos, como sus agentes capaces de aplicarla y que, de acuerdo con sus grados culturales, influirán sobre el medio ambiente modificándolo y utilizándolo en relación a sus intereses hasta llegar con el tiempo a constituir un paisaje cultural. Es así como este paisaje se convierte en expresión del contenido geográfico, en el que se manifiestan las selecciones y los cambios logrados por los hombres como miembros de una determinada comunidad cultural.

En el aspecto económico, la productividad viene determinada por una relación entre la producción obtenida y el insumo de recursos productivos, trabajo, tierra, capital y administración; en el psicológico, se refiere al logro de una actitud de superación constante, y en el social, al mejoramiento del nivel de vida de la colectividad.

Por tanto, si se considera en base a las variables meteorológicas temperatura y pluviosidad una clasificación del país en regiones áridas, semiáridas y húmedas, se observará que una producción significativa y la obtención al máximo de la productividad estarán signadas por la incidencia de determinados recursos y por los rastros culturales dejados en el paisaje.

Así, en las regiones áridas la productividad debe medirse en razón del volumen de agua utilizado por unidad de superficie y el producto obtenido medido en su unidad de producción. En tal sentido, es importante hacer una evaluación de los recursos hídricos del subsuelo y equilibrar su uso y manejo mediante la aplicación de una efectiva planificación, junto con la implementación de una legislación que garantice el control de la sobreexplotación del nivel freático por el número excesivo de pozos destinados al riego.

En las regiones semiáridas, la productividad debe medirse con relación al volumen de agua utilizado por unidad de superficie y a la producción por hectárea-año, debido a que por sus características de semiáridas la productividad tiene una gran dependencia del elemento agua, aunque no en la misma proporción que en el caso anterior.

En las regiones húmedas, la productividad debe medirse por la relación entre la producción y los recursos utilizados para obtenerla, en especial aquellos destinados a las obras de drenaje y control de inundaciones, que son indispensables para una normal y eficiente utilización de los factores de producción.

Las técnicas a aplicar en cada región serán diferentes, como lo son también el clima y el tipo de actividad por desarrollar. En consecuencia, el paisaje presentará rasgos característicos en cada sector que los diferenciarán de los otros. Así, por ejemplo, la búsqueda de la productividad en un área árida o semiárida explotada con agaves (sisal, cocuiza, etc) dejará rastros muy diferentes a los que presentan las explotaciones cacaoteras en las regiones húmedas.

En cualquier caso, la adaptación particular del agricultor y todas las combinaciones que intente están en relación con su cultura y con la época, si bien cuanto más nu-

merosos y más científicos son los medios de que dispone la agricultura, se requerirá un esfuerzo más consciente por parte de los agricultores para aprovechar las ventajas del suelo y del clima, así como también para jerarquizar mejor los fenómenos naturales en relación con los logros en el sector.

Respecto a la aplicación de los diferentes elementos coadyuvantes al logro de la productividad, tales como el uso de maquinarias, riego, fertilizante, inseminación artificial, herbicidas, vacunas, pesticidas, así como de los cambios provocados en el medio por su aplicación, se observan rasgos particulares en las distintas regiones del país.

En los llanos, principal asiento de la ganadería de carne, muy especialmente en los situados por debajo de los 100 metros sobre el nivel del mar, la huella dejada por el hombre en su paisaje es poco significativa. Quizá pueda hablarse de casos de determinismo, frente a la adaptación del hombre al medio. Sin embargo, en algunas áreas se han iniciado prácticas tendientes al logro de máximos niveles de productividad; mas, por diversas razones, entre las que sobresale la falta de conocimientos de los distintos aspectos que integran el proceso de consecución de la misma, los productores se desalientan al no obtener los resultados deseados. Tales son los casos registrados en el Estado Apure, donde algunos ganaderos han hecho significativas inversiones en pastos cultivados, obteniendo escasos rendimientos. La verdad es que en estos casos apenas se ha aplicado una medida aislada en el mejoramiento del negocio, y la productividad sólo puede lograrse con toda una combinación de medidas orientadas a obtener tal finalidad. Si a esto se agrega la infinidad de problemas como la falta de cercas, de potreros de destete y de crecimiento, el sobrepastoreo, el número de animales improductivos en el rebaño, el cuatrismo o abigeato, las deficiencias en la administración, la falta de ayuda crediticia oportuna y de asistencia técnica, todo esto en un medio difícil,

con altas temperaturas y sometido a las contingencias de la sequía durante seis meses del año o a las inundaciones en los otros seis meses, se comprende por qué se hace referencia al determinismo.

No sucede lo mismo con los fundos destinados a ganado de leche, ubicados en Aragua, Carabobo y Portuguesa, donde se practica una explotación intensiva con todos los adelantos de la técnica, ordeño automático, alimento concentrado para animales y prácticas modernas de cultivo y mejoramiento de los pastos. Casos peculiares en la misma materia son los de Lara y Zulia, cuyas explotaciones ganaderas se caracterizan por desenvolverse en un medio adverso en cuanto al clima, altas temperaturas y escasas precipitaciones en el Distrito Torres (Lara) y en Machiques (Zulia), o abundantes precipitaciones en el Distrito Colón (Zulia). Sin embargo, el hombre ha logrado imponerse al medio y obtener altos rendimientos. Son, también, Zulia y Lara las entidades que tienen mayor superficie cubierta por pastos cultivados, al igual que aplican en mayor proporción diferentes medidas sanitarias, tales como las vacunaciones preventivas para la tuberculosis, la aftosa y la brucelosis.

En general, el cumplimiento de acciones orientadas al logro de elevados niveles de productividad incide en el medio conformando paisajes culturales comunes entre sí, como en las citadas áreas ganaderas al occidente de Lara y Zulia. O sólo con algunos rasgos comunes, como sucede entre éstas y las áreas de la Cordillera de la Costa ocupadas con ganadería de leche. O definiendo paisajes opuestamente diferenciados, como ocurre en las áreas llaneras de ganadería de carne y en las de ganadería de leche. En la región andina, por su parte, se registra un incremento importante de la superficie cubierta con pastos cultivados y naturales en sustitución de las áreas pobladas de bosques y selvas.

El cultivo de la caña de azúcar en los valles del Manzanares (Sucre), del Tuy (Miranda) y de Aragua y Carabobo, de Yaritagua y Chivacoa (Yaracuy), del Durigua (Portuguesa), Bobures (Zulia), del Motatán (Trujillo) del Chama (Mérida) y de Ureña (Táchira), aun cuando por su facilidad de adaptación a los diferentes climas también se ha podido cultivar en casi todo el país, ha servido como medio de vida a importantes sectores de la población y es uno de los cultivos a los cuales se ha aplicado las diferentes técnicas modernas; a reserva de que ha entrado en crisis la producción azucarera en los últimos años. En esta actividad aún compiten en los Andes los sistemas más rudimentarios, como los de tracción animal, con las nuevas técnicas de las cuales dependen los altos rendimientos; pero, desde luego, es definida la tendencia al predominio de las segundas sobre los primeros. Así, el paisaje en los valles señalados se caracteriza por la presencia de maquinarias, de siembras que siguen las curvas de nivel y otras prácticas antierosivas, por las instalaciones industriales y por los cambios que en los distritos rurales generan éstas al actuar como focos de actividad económica.

En las áreas algodonerías del Noreste, las centrales y las del Sur se registran diferencias en el paisaje, con base al predominio de explotaciones minifundistas en las primeras en comparación con la agricultura empresarial en las otras dos. En las zonas cafetaleras y cacaoteras los rasgos geográficos han permanecido más o menos invariables en el tiempo, por ser cultivos de difícil mecanización y estar localizados en zonas con características definidas por la altitud y los correspondientes elementos climáticos. Las primeras se hallan entre los 800 y los 2.000 metros sobre el nivel del mar, con temperaturas moderadas y régimen pluviométrico bien distribuido durante el año, y en donde los cafetales crecen bajo la sombra de frondosos árboles. Los Andes y la Cordillera de la Costa son las grandes regiones productoras. El cacao,

en cambio, requiere tierras bajas, alto índice pluviométrico y temperaturas elevadas; la península de Paria (Sucre) y Barlovento (Miranda) son los principales centros productores.

En las zonas forestales de Guayana y en los llanos, muy poca huella ha dejado el hombre en comparación con la existente en otras extensiones, a excepción de los desarrollos de Acarigua, Barinas, algunos en Monagas y en ciertas áreas del Guárico. También cabe señalar, en sentido opuesto, la explotación irracional de comunidades vegetales en algunos sectores, donde los espacios dejados libres son invadidos por otras comunidades o se convierten en sujetos de erosión. En estas condiciones el paisaje presenta características diferentes en las zonas afectadas según el grado de sustitución; de ahí que la cubierta vegetal sirva para mostrar a las comunidades humanas los patrones de evolución y adecuación en las distintas áreas, a la vez que actúa como orientadora para la selección de cultivos.

Por parte de los agricultores, el conocimiento sobre el medio aumenta las posibilidades de lograr niveles de vida más elevados; también la introducción de maquinarias y diversas técnicas en el campo, así como la instalación de factorías manufactureras en los distritos rurales. Además, cualquier medida que tienda a incrementar la capacidad del agricultor frente a la naturaleza puede ser calificada de tecnificación, y la realización de éstas requiere, a su vez, mayores inversiones, que deben actuar como coadyuvantes al mejoramiento de la calidad de vida en el sector. Las diferentes políticas agrícolas que se han venido poniendo en práctica en el país, han correspondido a un esquema sustentado en la necesidad de producir lo necesario para el abastecimiento de bienes básicos, pero la mayoría de los planes se han realizado de forma aislada y no como parte de una acción general de desarrollo armónico. A lo cual hay que agregar los problemas derivados de la inadecuada comercialización y de la especulación.

Las consecuencias han sido los ulteriores problemas de excedentes, en algunos casos, con la correspondiente saturación del mercado interno; o la venta de los productos con elevadas pérdidas en el mercado internacional y el posterior decaimiento de la producción hasta los límites de la escasez. Ejemplo de ello han sido la sobreproducción de azúcar en 1956, de maíz en 1961, de arroz y papas en 1965, y en varios años de la década de los sesenta graves problemas de deficiencia que ocasionaron desabastecimiento del mercado, importaciones aceleradas por parte del Estado de productos fundamentales en la dieta popular y la fijación de libre importación para determinados productos en algunos períodos. En 1977 el valor de la importación de alimentos, animales vivos y bebidas se situó alrededor de los 3.500 millones de bolívares; en la década de los 80 todavía se importa más del 50 por ciento de los alimentos consumidos.

Se ha conformado así, a lo largo de las últimas décadas, un mercado de productos alimenticios que funciona de manera desarticulada o incoherente, el cual refleja una evolución inadecuada del sector agrícola y una situación crítica, tanto en éste como en la industria de alimentos. Por su significación social y el peligroso grado de dependencia que se crea con el exterior, es evidente que resulta imprescindible tomar medidas para cambiar el signo del comercio en este tipo de bienes. Por otra parte, en los planes dirigidos al sector agrícola casi siempre ha estado ausente la apreciación de las necesidades de los consumidores en cuanto a calidad y cantidad de los productos capaces de satisfacerlas. Tampoco se ha tomado en cuenta la reacción de la producción frente a las variaciones de los ingresos y de los precios, ni se prevén las necesidades futuras.

En algunos otros casos, frente a un estímulo en los precios, se ha logrado una reacción positiva de la producción, pero en base a la incorporación de nuevas áreas, a la

sustitución de unos cultivos por otros, a la utilización de áreas marginales y, en general, a la aplicación de recursos en unidades de producción extensivas.

Como se ve, en el tratamiento de los problemas de abastecimiento no se toma en cuenta la productividad, aunque es éste, quizás, uno de los asuntos básicos, porque su desconocimiento significa desperdicio de recursos. Por otra parte, su reconocimiento representa el máximo aprovechamiento de los factores de producción y, a su vez, una justa remuneración por la utilización de los mismos. Y la productividad es una idea que requiere ser sembrada en la colectividad y que necesita de la aprobación y del claro criterio de todos los agentes humanos que intervienen en el proceso productivo, ya sea la mano de obra, los empresarios o los representantes de las instituciones estatales. Inclusive de parte del consumidor, ya que éste representa el fin último de dicho proceso.

Aún cuando la productividad puede medirse de muy diferentes maneras, tales como la relación entre la producción por unidad de superficie con el menor insumo de factores, y sus resultados pueden traducirse en un incremento en la producción y en una disminución en el precio de los bienes, debe tenerse presente, como se ha dicho, que su búsqueda tiene mucho de concepto, de idea, de una actitud psicológica frente a los problemas de la producción. Es una ruta *sui generis*, muy diferenciada de las otras por las cuales ha transitado secularmente la problemática agrícola venezolana. Aunque es un camino difícil, sin embargo es garantía, al menos, de robustecimiento del sector.

En esencia, lo que se trata es de establecer los contornos del problema de la pobreza rural y de su posible solución con base a la realización de políticas de diversas categorías, siendo una de ellas la búsqueda de máximos niveles de pro-

ductividad. Ello implica la tecnificación e industrialización del campo, lo que a su vez requiere un mayor capital en relación con el aprovechamiento de la mano de obra como medio de obtener más producto por unidad de trabajo y, en consecuencia, mejores ingresos. También hay que destacar que el campo venezolano necesita mayor fluidez en la corriente de capital a largo plazo y de capital en forma de conocimientos o de cosas materiales para la producción, si es que el proceso productivo para la agricultura ha de ser eficiente y en forma que asegure crear niveles de vida que mejoren las condiciones de los agricultores.

Cabe igualmente señalar dos hechos adicionales: la creación en las áreas rurales de escuelas, hospitales, caminos, redes telefónicas y todos los otros tipos de "capital social" es tan necesaria y productiva a largo plazo, como lo son las otras formas de capital tales como las inversiones en tractores, fertilizantes, variedades de semillas resistentes a las enfermedades, y otras similares, en las cuales los agricultores están virtualmente interesados.

Desde luego, como señalamos al comienzo, el desarrollo de la agricultura no puede verse aisladamente sino en el contexto global de un país tropical, americano y subdesarrollado que debe buscar su propio destino.